

Ideas sobre el papel de la historia en el pensamiento de Andrés Molina Enríquez

Rocío Castañeda González*

El objetivo de este trabajo, como lo indica el título, es destacar algunos de los rasgos principales del papel que jugó la historia en el pensamiento de Andrés Molina Enríquez. Este autor, como varios pensadores de la época, adoptó el positivismo para explicar lo que él creía era el destino de México. Sin embargo, se encontraba muy lejos de aquellos primeros positivistas mexicanos que emplearon tal corriente de pensamiento para justificar el régimen de Porfirio Díaz, que veían como legítimos los excesos de la clase en el poder con base en la idea de que, como los más aptos, tenían derecho a dominar a los menos hábiles. Por el contrario, Molina Enríquez se convirtió en uno de los más acérrimos críticos del régimen porfiriano. El positivismo en la obra de Molina Enríquez sirvió entonces a un propósito no sólo distinto, sino opuesto al de aquellos primeros positivistas.

No obstante lo anterior, lo que identifica a la obra de Molina Enríquez con la de los positivistas que lo precedieron es el hecho de que esa corriente de pensamiento fue adoptada para responder a circunstancias políticas



* Profesora investigadora de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

y sociales del país, si bien tales circunstancias y respuestas eran muy diferentes. Para los primeros positivistas el gobierno de Porfirio Díaz y el triunfo de la burguesía eran la culminación de las etapas que debía recorrer la sociedad mexicana en su camino hacia el progreso. Para Molina Enríquez sólo era una etapa más; era cierto que se habían producido avances, pero quedaban grandes problemas por resolver. Un aspecto más que distingue el pensamiento de Molina Enríquez del de los primeros positivistas es el hecho de que fue llevado al terreno de la práctica, aunque con consecuencias también distintas.¹ Para los primeros positivistas la filosofía positiva justificó los privilegios de los ricos, mientras que para Molina Enríquez apuntaló la regresión a cuestiones que desfavorecían los intereses de éstos, como la devolución de su papel central a los pueblos, el cual había venido recibiendo serios ataques desde hacía mucho tiempo, pero al que durante el mandato de Porfirio Díaz se le habían asestado los golpes más duros (Zea, 1997: 220-224; Kourí, 2001: 36-37).

Las obras en las que Andrés Molina Enríquez plasmó sus ideas básicas sobre la evolución de México fueron *Juárez y la Reforma* y *Los grandes problemas nacionales*. En la última, escrita en 1909, tres años después que la primera, se refleja la madurez de las ideas que venía trabajando desde varios años atrás acerca de lo que para él constituían los mayores obstáculos para que México alcanzara el máximo estadio al que podía

aspirar cualquier país: la etapa de la consolidación de la nacionalidad. He aquí el fin último del desenvolvimiento histórico de México. Desde este punto de vista es conveniente aclarar que la noción de historia manejada por Molina Enríquez se refiere al proceso, es decir, al desenvolvimiento general de la sociedad.

LAS INFLUENCIAS EN EL PENSAMIENTO DE MOLINA ENRÍQUEZ

El esquema de Molina Enríquez de las etapas históricas por las que nuestro país había transitado y del fin hacia el que apuntaban se nutrió de varias fuentes que tuvieron que ver tanto con el entorno físico y social en el que transcurrieron los primeros años de su vida, como con su experiencia académica y profesional en general. La primera influencia vino de la imagen de su abuela materna y de su tierra natal. Su abuelo era criollo y su abuela una india otomí, cuestión que habría de ser fundamental en el papel que los mestizos desempeñarían en el plan que Molina Enríquez "descubrió" en el proceso histórico mexicano, cuyo fin último, como he indicado antes, era la consolidación de la nacionalidad.

El lugar de su nacimiento también fue determinante, ya que Jilotepec, un pueblo situado al norte del estado de México, era un importante centro de residencia de otomíes, elemento que tuvo que ver asimismo en la centralidad que

ocupó el problema racial en el desarrollo de su obra. Por otra parte, Jilotepec era sin duda un lugar muy propicio para observar las injusticias cometidas por los terratenientes criollos (Basave Benítez, 1992: 42-43). Probablemente estos antecedentes fueron los que lo tornaron proclive al rechazo del latifundismo, al que consideraba un verdadero lastre social y económico para el país.

En el aspecto académico, su camino fue marcado por su estancia en el Instituto Científico y Literario de Toluca, en donde estudió leyes y obtuvo los cimientos de una preparación positivista, la línea de pensamiento en boga. Su actividad como notario en diversos distritos del Estado de México le proporcionó, por otro lado, un amplio conocimiento acerca de la situación de la propiedad de la tierra y le confirió una sensibilidad profunda hacia los problemas enfrentados por los indígenas y mestizos del campo, así como sobre las debilidades del sistema de la propiedad y de los intentos de reforma después del Plan de Ayutla (Basave Benítez, 1992: 44; Kourí, 2001: 28).

Asimismo, su incursión en la etnología fue importante por dos razones: una por el papel de primer orden otorgado a la "observación directa" y la segunda por el lugar primordial que las razas ocupan en su obra (González Navarro, 1985: 42).² A este respecto, según Kourí, fue decisiva la influencia de Darwin y Ernst Haeckel, quienes pertenecían a la corriente evolucionista de explicación de las diferencias entre las razas. Según

esta tendencia, la diversidad racial era el resultado de la transmisión hereditaria de caracteres orgánicos que se transformaban por la influencia de condiciones ambientales específicas que promovían la evolución de las razas (Kourí, 2001: 32-33 y Urías Horcasitas, 2000: 72-73).

De acuerdo con Kourí, una de las influencias que ha pasado desapercibida en la obra de Molina Enríquez está relacionada con la escuela histórica de jurisprudencia, la cual sostiene que las leyes no pueden ser modificadas arbitrariamente, ya que tiene que tomarse en cuenta la historia y el particular estado de civilización del país para el que son elaboradas (Kourí, 2001: 34). Desde este punto de vista, para Molina Enríquez habría de resultar necesario explicar históricamente si México estaba preparado para la implementación de las leyes de desamortización (Kourí, 2001: 34). Así, para él, el proceso histórico era de particular trascendencia en la interpretación de la situación de los pueblos en el momento de escribir *Los grandes problemas nacionales*, así como en su posición acerca de lo que en un futuro sería mejor para ellos.

LA HISTORIA EN LA OBRAS DE MOLINA ENRÍQUEZ

El conjunto de experiencias descritas, tanto vivenciales como académicas, conformaron una interpretación del desenvolvimiento de la sociedad mexicana en la que la raza mestiza jugaba el papel

protagónico, que tenía como principio su surgimiento como grupo, así como su carencia de tierra, y cuya meta era precisamente la dotación de la propiedad del suelo a dicha raza, lo cual constituía la premisa esencial para la formación de la nacionalidad mexicana. Así, al leer la obra más representativa de la consolidación de su esquema de interpretación, *Los grandes problemas nacionales*, queda una fuerte sensación de que se trataba de un proceso que aún no terminaba, que debía proseguir en el futuro y que tenía una meta definida: el dominio completo de los mestizos en la vida nacional. Tales características correspondían a la sociología positivista, que veía en el acontecer la racionalidad de un plan preexistente, de la misma manera que la filosofía de la historia surgida a fines del siglo XVIII (Walsh, 1970: 142-143).

Para demostrar la validez de su interpretación Molina Enríquez utilizó ampliamente la historia-proceso, y la historia-disciplina ocupaba en su pensamiento un lugar secundario con respecto a la sociología o la etnología, porque desconocía "...la acción de los innumerales invisibles e imponderables factores de carácter infinitesimal que se integran a priori en la designación de los factores raciales..." (González Navarro, 1985: 50). El conocimiento del pasado no servía por sí mismo, sino para apoyar la interpretación general o la finalidad del desenvolvimiento del país.

Molina Enríquez se situaba en el punto intermedio de la línea de los procesos

que describió, línea que estaba dirigida hacia un fin previsto. En ese esquema, la historia servía para plantear los orígenes de los problemas contemporáneos del autor, cuya solución futura tenía como base esa experiencia histórica. Así, el proceso histórico revestía una gran importancia en las ideas de Molina Enríquez, ya que permitía trazar el plan completo de desenvolvimiento de la sociedad mexicana y éste, a su vez, permitía saber hacia dónde se dirigía el país, lo que brindaba a la sociedad mexicana la capacidad para hacer todo lo posible en aras de lograr ese fin previsto. Vistas así las cosas, el conocimiento de la historia-proceso en la obra de Molina Enríquez poseía un fuerte sentido pragmático. El servicio que la historia debía ofrecer a la práctica social y política de su tiempo difería en Molina Enríquez con respecto al de los positivistas anteriores, para quienes el pasado servía para justificar el orden de cosas al que se había llegado. Molina Enríquez consideraba que el conocimiento del desenvolvimiento pasado de la sociedad mexicana debía actuar como impulso para pasar a la última etapa de la evolución del país.

Los actores históricos de Molina Enríquez también estaban condicionados por el modelo evolutivo por él elaborado, cuya culminación debía ser el triunfo de la raza mestiza y la absorción que debía hacer ésta de todas las demás hasta alcanzar la unificación racial, que era el prerrequisito para conseguir la consolidación nacional. Todavía más, tales ac-

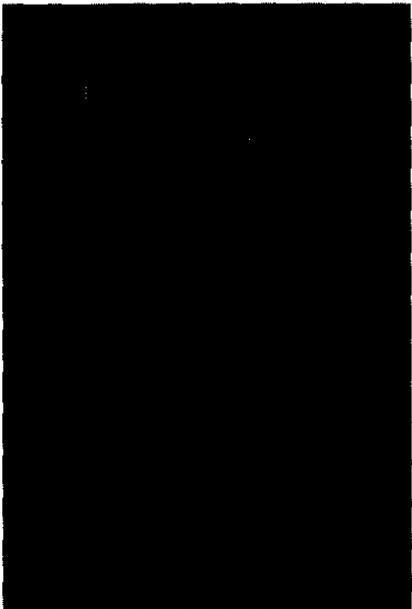
tores actuaban con plena conciencia de la tarea que tenían asignada en el plan general.

Según Molina Enríquez, el mestizo había estado siempre destinado a detentar el poder y sus sujetos históricos se conducían como si estuvieran plenamente sabedores del papel que habrían de asumir sus acciones en la consecución de la meta en un futuro lejano. Por ejemplo, exponía que durante la Colonia los españoles habían hecho todo lo posible por obstruir el desarrollo de los mestizos. Empero, "desde entonces, el elemento mestizo se sentía llamado a ser más o menos tarde el dueño de América", y por ello emprendió el movimiento de Independencia (Molina Enríquez, 1972: 103).

El modelo evolucionista de la historia de México previsto por Molina Enrí-

quez consistía en la división de la historia de México en tres periodos que se inauguraban a partir de la Independencia. El primero, denominado periodo de desintegración, comprendía desde la culminación del propio movimiento de independencia hasta el Plan de Ayutla. Como su nombre lo indica, se trataba de un periodo caracterizado por el desorden y la anarquía; el segundo, que abarcaba desde el Plan de Ayutla hasta el Plan de Tuxtepec, era una etapa de transición en la que se sentaban las bases del periodo siguiente, que era el de la integración, cuyo rasgo fundamental era la consolidación de la nacionalidad (Molina Enríquez, 1972: 67-68).

A cada uno de los tres periodos correspondía una forma de gobierno. Molina Enríquez postulaba que mientras no se afianzara el último periodo evolutivo, en el que se encontraba el país en ese momento, es decir, la completa unificación de las razas, sería necesario un gobierno coactivo, de cooperación obligatoria, una justificación sin duda del gobierno de Juárez y de Porfirio Díaz (Molina Enríquez, 1972: 149 y 1991: 136). Su demostración de tal idea se remontaba a la época colonial, en la cual, según él, el gobierno virreinal supo mantener una paz enérgica y patriarcal (Molina Enríquez, 1991: 53). Al sobrevenir la Independencia no se pudo establecer una forma de gobierno que fuera lo suficientemente fuerte para sobreponerse a las pugnas que se suscitaban entre las diversas razas que cohabitaban en el territorio. La anarquía fue entonces el



rasgo principal de la época de desintegración, anarquía que sólo desapareció al instalarse el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, a quien Molina encomía por su capacidad para unir en una sola tendencia a tantas razas, tan distintas por su estado evolutivo y por sus condiciones de participación en la riqueza general (Molina Enríquez, 1991: 136).

Es evidente que para Molina Enríquez la historia de México comenzaba con la Independencia, puesto que la Colonia sólo le fue útil para sentar los precedentes de la sociedad que surgió a partir de la emancipación de la monarquía española. Por lo demás, esos tres siglos parecen haber transcurrido en la más completa armonía, sin un mínimo asomo de lucha de razas. Lo que resulta paradójico en la obra de Molina Enríquez es que el proceso que se desató a partir de la Independencia, cuyo motor era precisamente el enfrentamiento de las diversas razas, según él debía culminar en un estado semejante al periodo colonial, en donde la lucha de razas sería inexistente, con la diferencia de que no estaría auspiciada por un gobierno fuerte sino en la circunstancia de que tales grupos raciales se habrían unificado en lengua, religión, costumbres, estado evolutivo, deseos y aspiraciones (Molina Enríquez, 1991: 397-424).

Molina Enríquez sostenía entonces a la pugna racial como motor de la historia, y *Los grandes problemas nacionales* representó la culminación de la formación de su enfoque etnológico de la historia de México. En realidad, dicha

obra significó el ensamble completo de un modelo armado a partir de dos influencias académicas: el evolucionismo y la explicación orgánica del devenir histórico de Spencer, así como la concepción etnológica del proceso histórico de Stanislao Mancini (Basave Benítez, 1992: 85-89).

En efecto, Molina Enríquez concebía a México como un organismo, pero un organismo débil y enfermo, en virtud de que estaban fuertemente desarrolladas las clases altas de cada grupo racial, las clases medias eran casi inexistentes y las clases bajas eran poco numerosas. Además, la propiedad del suelo estaba en manos de unos cuantos criollos, cuya producción difícilmente podía alimentar a todo el país. Se trataba de un cuerpo desproporcionado: un gigante del tórax hacia arriba, un niño del tórax hacia abajo, de forma tal que la parte inferior no podía sostener a la superior. Un organismo robusto sólo surgiría a partir de la extensión de la propiedad a la mayoría de los habitantes del país. Es decir, cuando la clase media fuera vigorosa (Molina Enríquez, 1991: 305).

Si bien para Molina Enríquez el motor de la historia era la lucha de razas, los móviles de la actuación de cada una de ellas parecían estar reducidos en ocasiones a causas biológicas. Los lazos económicos o ideológicos entre los individuos, que representan la diferencia entre raza y clase social, se manifestaban sólo confusamente, pues si bien la carencia de tierra parecía ser el punto de unión entre los mestizos (clase

social), su furor religioso, igualitario y vengador era atribuido otras veces a la energía indígena de su sangre, acumulada en estado latente durante la época colonial (raza). Así, los lazos biológicos sustituían a los nexos económicos e ideológicos cuando Molina Enríquez establecía una correspondencia entre razas y partidos políticos. A los criollos del clero los identificaba con los conservadores, a los criollos señores con los moderados y a los mestizos con los liberales (Molina Enríquez, 1991: 113). Aún más, Molina Enríquez anteponía al medio físico, otro de los determinantes importantes de su esquema de la historia de México, la premisa del factor biológico. Es decir, desprendía la importancia del medio físico del hecho de que los seres humanos necesitan carbono para llevar a cabo la combustión vital para el organismo. La búsqueda de los alimentos que le proporcionaran ese carbono ligaba indisolublemente al ser humano con su medio (Molina Enríquez, 1991: 74-77).

El enfoque etnológico de Molina Enríquez partía de la teoría de las nacionalidades de Stanislaw Mancini, quien en el siglo *xx* preconizó la nacionalidad como base del derecho internacional. Para Mancini, la nacionalidad incluía la unidad de territorio, de raza, de costumbres, de lengua y de religión. Sostenía también que la nacionalidad podía obtenerse a partir de la fusión de las razas, lo que daría paso al surgimiento de una raza de carácter compuesto (Basave Benítez, 1992: 88-89). Según Basave Benítez, Gumpowicz fue el respon-

sable de la transmisión de la teoría de Mancini a Molina Enríquez. Gumpowicz señalaba que todas las sociedades se originaban de la heterogeneidad racial y se unificaban a medida que se desarrollaban. Así, la lucha de razas era el principio propulsor de la historia y su fin sería la unificación racial y la consiguiente desaparición de las pugnas (Basave Benítez, 1992: 89).³

ALGUNAS OBSERVACIONES EN TORNO A LA RECONSTRUCCIÓN DEL PROCESO HISTÓRICO EN LA OBRA DE MOLINA ENRÍQUEZ

Inscrito en el modelo evolutivo positivista, el tratamiento que Molina Enríquez dio a sus materiales también merece algunos comentarios. Autores como Córdova y Silva Herzog han criticado su estilo como tedioso y difícil de leer, en virtud de que los detalles acerca del proceso histórico emanan a raudales de su obra (Molina Enríquez, 1991: 25; Silva Herzog, 1967: 472). Sin embargo, la profusión de detalles en la obra de este autor no obedecía a una falta de planeación de la exposición, como asevera Córdova. El detallismo de Molina Enríquez iba acorde con su idea de que los acontecimientos históricos estaban determinados por un sinnúmero de causas concomitantes y no siempre aparentes. Para él, entonces, la reconstrucción del proceso histórico consistía en una extensa integración de detalles (Molina Enríquez, 1972: 26). La función del estudioso, como sociólogo, consistía no

sólo en la descripción de hechos sino en que en su exposición se apreciara la obsesión por la búsqueda minuciosa de esos pormenores que pasan desapercibidos o que no son observables a simple vista, pero que resultan determinantes para el curso del devenir histórico.

Por otra parte, el discurso de Molina Enríquez no estaba limitado a una masa informe de detalles. Cada uno de ellos era una pequeña contribución en la indagación de las leyes que el autor formuló en alineación con el positivismo. Es decir, la contraparte de su detallismo era su inclinación a la síntesis y a la generalización, de tal suerte que el devenir histórico, concebido como un proceso evolutivo, estaba sujeto a tales leyes y generalizaciones.

Como he señalado antes, el fin último de su afán por establecer leyes era pragmático —he aquí una de las características más destacadas de su obra—, pues aspiraba a haber logrado formar el modelo de arcilla que debía servir para que alguien vaciara en bronce lo que habría de ser la obra definitiva de la historia nacional. Según nuestro autor, tal objetivo justificaba las imprecisiones en las que caía al tratar de agrupar los pequeños sucesos en generalizaciones (Molina Enríquez, 1972: 154). En este aspecto, su positivismo se identificaba con el del resto de los positivistas mexicanos que le antecedieron, en el sentido de que para ellos el descubrimiento de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la sociedad servía como sustento a una política militante, a una manera de

ver y de plantear soluciones a problemas sociales y políticos (Zea, 1997: 33-47).

Molina Enríquez rechazaba el trabajo de aquellos estudiosos que reproducían los movimientos de los grandes hombres, como si éstos representaran el impulso de los procesos históricos. Por el contrario, al inicio de su obra dedicada a Juárez señaló que los actos de los grandes hombres eran determinados por los impulsos sociales resultantes de la evolución universal y del proceso de la selección colectiva (Molina Enríquez, 1972: 25). Los hombres, de determinantes, pasaban a ser determinados. Su trabajo sobre Juárez trata de ser fiel a esa idea. No constituye un estudio biográfico, ni pone de relieve grandes méritos en el personaje estudiado. En realidad lo coloca como el resultado de la lucha mestiza por obtener la propiedad de la tierra, pero intenta no individualizarlo. Para Molina Enríquez Juárez se confundía con los mestizos y los mestizos con Juárez. El partido liberal era lo mismo que Juárez y éste lo mismo que el partido liberal.

Sin embargo, no podemos pasar por alto algunas contradicciones con respecto al juicio de Molina Enríquez acerca de la historia de los grandes hombres. En diversas ocasiones aparecen en sus obras aseveraciones que colocan a ciertos hombres como determinantes del curso del devenir histórico. Por ejemplo, de Juárez decía lo siguiente:

Su inspiración más feliz fue haber salido de la zona expresada y haberse situado

en Veracruz, lugar que estaba fuera del círculo activo de la reacción, desde el momento en que ésta tenía que luchar por asegurar su dominio de aquella zona (Molina Enríquez, 1972: 143).

De esta forma, los personajes históricos de Molina Enríquez se revelan en varios casos como poseedores de poderes extraordinarios, como su capacidad de predecir situaciones. A Degollado le atribuía cualidades destacadas:

Juárez organizó la defensa encomendando la parte principal de ella al genial, al inmensamente genial Degollado, que supo comprender como ninguno ha comprendido ni antes ni después, hasta ahora, que sólo es fuerte en nuestro país el poder que domina la zona de los cereales e hizo imposible por medio de sus constantes batallas, la consolidación en la zona de los cereales, del poder erigido en la capital de la República por el grupo reaccionario (Molina Enríquez, 1972: 115).

De Santa Anna señalaba que:

Su orientación hacia el centralismo y la dictadura militar, indican claramente que sabía, cuando todo el mundo lo ignoraba, que el gobierno salvador era el militar, el coactivo, el de cooperación obligatoria, el integral. Su prestigio tuvo los orígenes del de todas nuestras grandezas: las guerras con el extranjero (Molina Enríquez, 1972: 90).

En el esquema de la historia de México propuesto por Molina Enríquez también es posible detectar un determinismo geográfico. Para él, el medio era fuertemente regulador de las actividades económicas y de su distribución misma dentro del territorio nacional.⁴ En este sentido, Molina Enríquez reconocía como el área más importante del país a la zona central, a la que denominaba "zona fundamental de los cereales", puesto que ella proveía de alimentación a toda la población, a la vez que ella misma era productora de población y sus excedentes se derramaban en las regiones aún vacías. El dominio de la zona fundamental de los cereales significaba el dominio de todo el país y por tanto la historia nacional era la historia de las luchas por controlarla (Molina Enríquez, 1972: 42). Si bien al identificar diversas regiones naturales en el país Molina Enríquez se convirtió en el precursor de conclusiones contemporáneas en materia de regionalización (Historiador indiano, 1969: 14), negaba capacidad al ser humano de adaptarse y de modificar su medio con el fin de adecuarlo a sus necesidades.

CONSIDERACIONES FINALES

Sin duda resulta sumamente complejo el análisis de las ideas de Molina Enríquez y éste puede emprenderse desde varios puntos de vista, de los cuales la consideración del proceso histórico en su obra sólo es uno. Asimismo, es difícil

el análisis de su pensamiento por la cantidad importante de influencias intelectuales que lo alimentaron. Quizá precisamente por la multiplicidad de vertientes académicas y vivenciales que se amalgaman en las obras de Molina Enríquez aquí consideradas, incurrió en varias contradicciones con respecto a algunas de sus propuestas fundamentales. Parte de ellas ya se han señalado en el texto. Sin embargo, tal vez la más importante sea la que puntualiza Basave Benítez referente al hecho de que, en su intento por acomodar el canon spenceriano a la historia de México, Molina Enríquez tuvo que navegar a contracorriente. El modelo construido por este autor tenía como meta la consolidación de una nacionalidad mexicana con base en la unificación racial, que equivalía al triunfo de la raza mestiza. Un ente histórico que, según la tesis de Spencer, por su carácter híbrido propendía a la esterilidad (Basave Benítez, 1992: 91-92). Así, Molina Enríquez fundamenta su propuesta a partir de una tesis que destruye la suya propia. A ello se debe el afán exagerado que se percibe en *Los grandes problemas nacionales* por demostrar la superioridad de la raza mestiza, la cual estribaba en su mayor resistencia y su "fuerza animal", que era el fundamento de su notable adaptación al medio local así como el factor principal que aseguraba su porvenir exitoso en el proceso de selección natural. Por otra parte, Molina Enríquez acudió a las ideas de Haeckel para sostener la superioridad de la raza mestiza, pues

éste admitía que el hibridismo podía representar una fuente de origen de nuevas especies. El mestizo, entonces, era el generador de una nueva raza de hombres, con sus propias características y una fuerza interna propia (Brading, 1988: 180-181). No obstante, Molina Enríquez fue víctima de su propia formación dentro del esquema spenceriano y es evidente que no supo resolver el dilema entre un mayor desarrollo evolutivo, atribuido a los europeos, y una mayor resistencia, imputada a la raza mestiza, terminando por admitir en algunas ocasiones cierta inferioridad de esta última.

Una contradicción más radica en el hecho de que el evolucionismo no admitía una ruptura brusca y, sin embargo, Molina Enríquez admitía, a diferencia de Wistano Luis Orozco, la posibilidad de una revolución que modificara el estado de la tenencia de la propiedad, de forma tal que el número de propietarios se extendiera. Es decir, no importaba tanto el esquema evolutivo como el objetivo que se tenía que alcanzar.

Como se indicó también en el texto, Molina Enríquez reconoció alguna vez su falta de consistencia en el establecimiento de las leyes del devenir histórico. Empero, eso demuestra que, por encima de su rigor científico, esencial dentro de su formación positivista, lo más importante para Molina Enríquez era la utilidad que atribuía a su obra para el destino de la nación mexicana. En efecto, *a posteriori*, la trascendencia del pensamiento de Molina Enríquez no radicó

tanto en los fundamentos teóricos de su modelo como en el hecho de que gran parte de sus ideas con respecto a la propiedad y a la creación de un gobierno que se tradujera en un Estado fuerte fueron llevadas a la práctica. Dicho en otros términos, la importancia de la obra de Molina Enríquez rebasa el nivel de la discusión teórica, pues lo fundamental de ella era el planteamiento de soluciones a diversos problemas políticos, sociales y económicos que enfrentaba el país. Atendiendo a esta finalidad, Molina Enríquez tomó de diversos autores lo que le convenía para la formación de su propio cuadro del desenvolvimiento general de la sociedad mexicana, mientras que se independizó de ellos en aquellos puntos que lo contradijeran.

NOTAS

- ¹ Como afirma Zea, lo propio del positivismo mexicano es su adaptación a la circunstancia mexicana así como su expresión práctica (Zea, 1997: 47).
- ² La etnología surgió a principios del siglo *xx* como la ciencia que debía hacerse cargo de explicar el problema de la diversidad racial. Por lo demás, esta preocupación de carácter científico dio paso luego a una de tipo político y económico que giraba en torno a la necesidad de justificar el predominio europeo sobre países que eran considerados como atrasados. En este sentido, los estudios sobre las razas proporcionaron el sustento ideológico de la colonización y la expansión imperialista europea decimonónica (Urias Horcasitas, 2000: 62 y 68-69).
- ³ Basave Benítez señala que un escrito de 1906 sugiere que Molina Enríquez

conoció la teoría marxista aunque fuera a través de fuentes secundarias, de manera que su teoría de la lucha de clases probablemente influyó en el modelo moliniano de la lucha de razas como motor de la historia. Sin embargo, más tarde, el mismo Basave Benítez niega toda influencia marxista en los textos de Molina Enríquez de las primeras tres décadas del siglo *xx* ya que, según él, sólo hasta la década de los treinta tuvo un encuentro serio con las obras de Marx y Lenin (Basave Benítez, 1992: 54 y 90-91).

- ⁴ Según Molina Enríquez, la naturaleza imponía la dirección del trabajo y el hombre no podía hacer nada para cambiarla (Molina Enríquez, 1991: 82).

BIBLIOGRAFÍA

- Basave Benítez, Agustín
1992 *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, FCE, México.
- Brading, David
1988 *Mito y profecía en la historia de México*, Vuelta, México.
- González Navarro, Moisés
1985 "La sociología enmascarada", en Moisés González Navarro, "Sociología e Historia en México: Barreda, Sierra, Parra, Molina Enríquez, Gamio, Caso", en *Jornadas*, 67.
- Historiador indiano
1969 *Pensamiento y obra de Andrés Molina Enríquez*, Cuadernos de Lectura Popular, México.
- Kourí, Emílio
2001 *Interpreting the Expropriation of Indian Pueblo Lands in Porfirian Mexico: The Unexamined Legacies of Andrés Molina Enríquez*, inédito.
- Molina Enríquez, Andrés
1972 *Juárez y la Reforma*, B. Costa-Amic Editor, México.
1991 *Los grandes problemas nacionales*, Era, México.

Rocio Castañeda González

Silva Herzog, Jesús

1967 *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México.

Urias Horcasitas, Beatriz

2000 *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología*

en México (1871-1921), Universidad Iberoamericana, México.

Walsh, W. H.

1970 *Introducción a la Filosofía de la Historia, Siglo xx*, México.

Zea, Leopoldo

1997 *El positivismo y la circunstancia mexicana*, FCE, México.